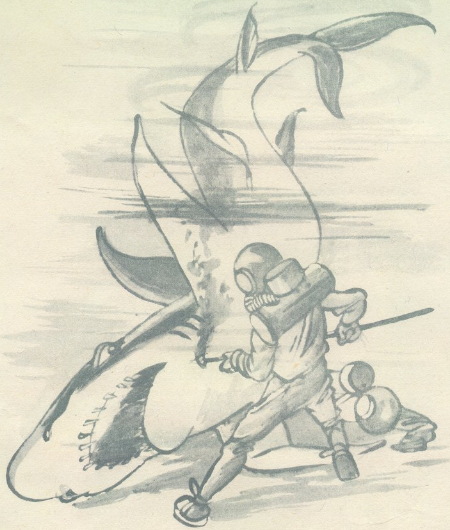
ALBUM

CHOCOLATES
LLOVERAS

20,000 Leguas
de Viaje Submarino





Veinte mil Leguas de Viaje Submarino

ARCHIVO DE ARTE
Balmes, 224
BARCELONA



INTRODUCCION

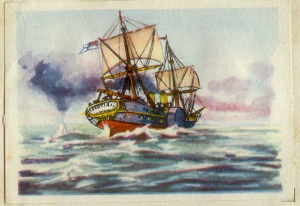
Toda la fantasía de JULIO VERNE, con las maravillosas visiones submarinas y los secretos del Océano, que relata en su gran novela "VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO", se le ofrecen hoy a su contemplación coleccionando la más perfecta e interesante serie de cromos. En ella el lápiz creador del gran dibujante IÑIGO, ha realizado su obra maestra; a la perfección del dibujo ha unido el fantástico colorido de su paleta, de unos matices y valores insospechados.

Todo ello hace que esta colección sea "única" en su género y estamos seguros le complacerá poseerla.

ALBUM n.º 2



En el año 1866 un acontecimiento singular perturbó la paz de los mares. Varios navíos se habían encontrado con "una cosa enorme", fosforescente a veces y mayor que cualquier ballena. El objeto en cuestión se convirtió en tema preferente de conversaciones y dió lugar a numerosas habladurías.



El vapor Scottia, de la Cia. Cunard, chocó contra aquel objeto y al ser sometido a observación se le pudo apreciar un gran boquete en su linea de flotación. Desde aquel instante todos los naufragios fueron achacados a aquel monstruo imaginario.



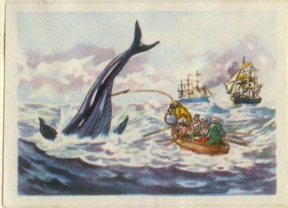
Para destruírlo, fué armada la fragata "Abraham Lincoln". Por aquellos días me encontraba yo en Nueva York, de regreso de una expedición científica; del gobierno Americano recibí la invitación de acompañar a la expedición en representación de mi país, si era mi deseo.



Consulté el caso con mi fiel criado, un muchacho de recia musculatura, que siempre me acompañaba en mis viajes; aceptamos el ofrecimiento, y en un abrir y cerrar de ojos las maletas estuvieron preparadas. Inmediatamente nos trasladamos a bordo de la fragata, donde fuímos recibidos por su capitán.



La Abraham Lincoin se hizo a la mar, llevando todos los aparejos apropiados, para la pesca del gran cetáceo. Además contaba con Ned Land, el rey de los arponeros, que por su golpe de vista y su brazo, podía compararsele a un potente telescopio, que fuése a la vez cañón dispuesto a disparar.



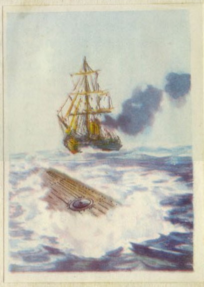
Con Ned Land nos hicimos buenos amigos. Tres semanas después, una circunstancia vino a poner en relieve la destreza de nuestro arponero. El ballenero "Monroe" con quién nos cruzamos, al saber que llevábamos embarcado a Ned, solicitó su ayuda, y el azar sirvió tan bien a nuestro amigo que pudo arponear dos ballenas de un doble golpe.



Durante tres semanas surcamos todos los mares septentrionales; día y noche se observaba la superficie del mar, pero esta inútil observación hizo sobrevenir el desaliento entre la tripulación, dando paso a la incredulidad, hasta que al fin, cansados todos, se dirijió una instancia al comandante, pidiéndole que regresáramos.



Una noche, la voz de Ned Land resonó: "¡Atención! Ahí está lo que buscamos, a sotavento, frente a nosotros". La obscuridad era completa, pero Ned estaba en lo cierto, a dos cables al costado de estribor de la fragata la superficie del mar aparecía iluminada y no cabía equivocarse respecto a su origen.

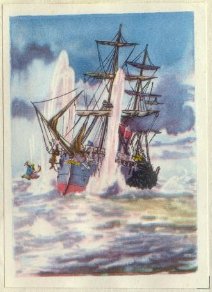


Aquella noche nadie durmió a bordo, al despuntar el alba, a media milla de la fragata, emergía un cuerpo negruzco. La "Abraham Lincoln" se dirigió en linea recta sobre el animal. Este se limitó a alejarse manteniendo la distancia. Se forzaron las máquinas a su máxima presión, la emoción de la persecución hacía vibrar todo mi ser.



Pero todo fué en vano, al medio día estábamos lo mismo que al amanecer. En vista que era imposible acercársele, el capitán ordenó se le disparara un cañonazo. El proyectil dió en el blanco, pero ante el estupor de todos resbaló sobre su redonda superficie y fué a perderse en el mar.





Al llegar la noche desapareció el fantástico animal y tuvimos que abandonar la persecución; estaba apoyado en la barandilla cuando un violento choque conmovió toda la fragata, la colisión fué espantosa, y yo, despedido por encima de la baranda fuí a parar al mar,



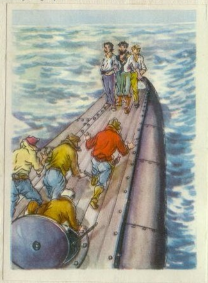
Cuando me puse a flote divisé a la fragata que se alejaba, nadie había notado mi desaparición. Las ropas estorbaban mis movimientos, ¡me sumergía! "¡Socorro! ¡Socorro!" grité nadando con dirección al buque, con la energía de la desesperación. De pronto una mano vigorosa me asió, era mi fiel Consejo que, al verme caer, corrió en mi ayuda.



Agotadas mis fuerzas me desvanecí. Unas vigorosas fricciones me reanimaron, al abrir los ojos ví a mi lado a Ned Land, que también había sido lanzado al agua, pero, más afortunado que yo, tomó pie al acto encima del "marval" que perseguíamos, encima del cual nos hallábamos. ¡El monstruo marino era debido a la mano del hombre!.



El extraño artefacto se puso en movimiento, las olas nos azotaban en pleno rostro, Ned encontró una gran argolla de hierro y con ella empezó a dar golpes vigorosos en la plancha metálica; al aumentar la velocidad se nos hizo imposible sostenernos. Era urgente comunicar con los moradores de aquella máquina, quien quiera que fuesen.



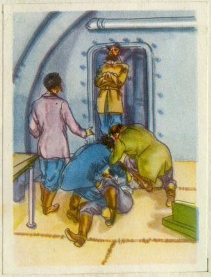
La nave se paró, se produjo un ruido de cerrojos y aparecieron unos hombres que nos llevaron al interior de aquella formidable máquina. ¿Con quién teníamos que habérnoslas?. Fuertemente agarrotados fuímos introducidos en una habitación, donde quedamos sumidos en la más absoluta obscuridad.



Media hora después la prisión se iluminó, se abrió la puerta y por ella aparecieron dos hombres. El más alto, sin duda el jefe, nos examinó detenidamente, luego conversó con su compañero en una lengua que no pude entender. Yo, en correcto francés, les hice una exacta narración de nuestras aventuras; sin gesto de comprensión se retiraron.



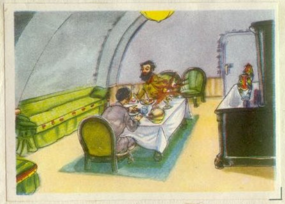
"Esto es una infamia", bramó Ned, "esta gente ha comprendido perfectamente nuestros gestos pidiendo de comer, y no se han dignado contestarnos siquiera", daba vueltas como una fiera, en su exaltación, nos propuso atacar al primero que pasara la puerta, y después apoderarnos del buque.



De pronto apareció un camarero, Ned, al verle, se abalanzó sobre el infeliz. Súbitamente se oyeron las siguientes palabras en correcto francés, "¡cálmese impetuoso Ned!". Era el comandante de la nave, que continuó diciendo: "Señores, ya que el azar les ha puesto en mi presencia, permanecerán a bordo de mi embarcación, con una condición.

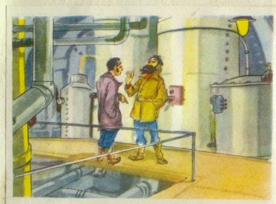


Es posible que ciertos acontecimientos me obliguen a recluirles a sus cabinas, espero de Vds., en ese caso, una obediencia pasiva. "Aceptamos, —le respondí— pero ¿hémos de renunciar a volver a nuestra patria y a nuestras familias?." —"Sí, señor; pero eso quizás no les sea tan penoso como piensan.



Vd., Sr. Aronnax, no lamentará el tiempo que pase en mi compañía. Daremos una vuelta al mundo submarino y será mi compañero de investigación". Seguidamente me invitó a acompañarle al comedor, donde nos sirvieron una suculenta comida, elaborada exclusivamente con elementos suministrados por el mar.

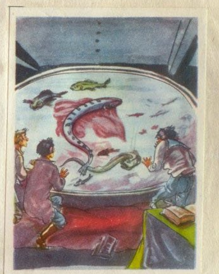




Después del banquete mi anfitrión me llevó a visitar el Nautilus. En un salón, explendidamente iluminado, colocados en vitrinas, había los más preciosos productos del mar. En la proa de la nave estaba instalada la maquinaria, con todos los elementos productores del flúido, y el mecanismo que transmitía el movimiento de la hélice.



Al terminar nuestra visita, el Nautilus se remontó a la superficie, allí el capitán tomó la altura del sol, fijó exactamente el punto de partida de nuestro viaje y me dijo; hoy 1.° de Noviembre comienza nuestro viaje de exploración submarina. Después decendimos al salón, allí me reuní con Ned y Consejo.



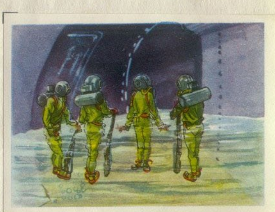
Estábamos meditando sobre nuestra situación, cuando percibimos como resbalaban de un lado a otro las planchas del costado del Nautilus ¡Qué espectáculo! estábamos en un inmenso acuárium natural; en él distinguí la notable raya china, entre otras muchas especies.



Transcurrieron seis días que invertí admirando el maravilloso mundo submarino que se brindaba a mis ojos. Un día, al regresar a mi camarote, encontré una carta del capitán Nemo que decía así "Le invito a una partida de caza en los bosques de la isla de Crespo, y vería con gusto que se le unieran sus compañeros.



A la mañana siguiente me vestí a toda prisa, me reuní con mis amigos en el salón. El capitán Nemo ya nos esperaba; nos trasladamos al vestuario, allí, dos individuos de la tripulación nos ayudaron a ponernos unos pesados trajes de buzo, que Ned no quiso probarse.



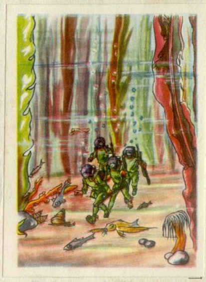
Después fuimos introducidos en un departamento en el que empezó a penetrar el agua; cuando estuvo lleno, una puerta se abrió para darnos paso al exterior. Como arma llevábamos unas magníficas escopetas eléctricas, cuyo impacto era capaz de derribar al más poderoso animal.



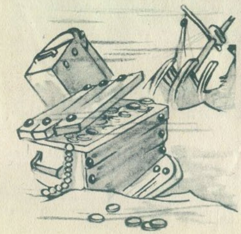
Los rayos del sol caían sobre las ondas, su luz matizaba las rocas y plantas con los siete colores del arco iris. Era una maravillosa fiesta óptica. Durante un cuarto de milla avanzamos rodeados de fisalias y medusas, que dejaban flotar a la rastra sus tentáculos.



A poco se modificó la naturaleza del suelo y entramos en una pradera de algas, de exuberante vegetación. Al llegar a la profundidad de cien metros, por ser el agua mejor vehículo para el sonido que el aire, allí los ruidos se propagan con cuádruple rapidez.



Llevábamos andando bastante tiempo; al penetrar en el bosque de Crespo atrajo mi atención una singular disposición de todas sus ramas y arbustos, ninguno se encorvaba ni rastreaba, todas se elevaban hacia la superficie del Océano, era el reino de la verticalidad, y si los apartabas con la mano seguidamente tomaban su anterior forma.





Hacia la una el capitán Nemo dió la señal de alto. Nos tendimos sobre un entoldado de alarias para descansar; no pudiendo entablar coversación me conformé con acercar mi cabezota de cobre a la de Consejo, y vi brillar de contento las pupilas al muchacho. Una somnolencia se apoderó de mí, mis párpados se cerraron y caí en profundo sopor.



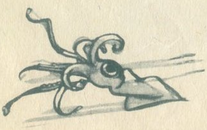
No sé el tiempo que permanecimos dormidos, empezaba a desperezarme cuando una monstruosa araña de mar, presta a lanzarse sobre mí, me hizo incorporar de un salto, pero el marinero que nos acompañaba de un culetazo la hizo rodar, y allí quedó retorciendo sus patas en espantosas convulsiones.



Reanudamos la marcha, cargados con la nutria marina, y nos remontamos a menos de dos metros de la superficie. Un albatros de la más hermosa especie se aproximó cerniéndose en el espacio. El capitán apuntó y disparó. El animal cayó hecho una bola al alcance del diestro cazador que se apoderó de su presa.

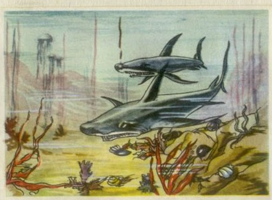


Durante la jornada del 11 de Diciembre un navío se situó en pleno campo de luz. Tumbado de flanco, iba llenándose de agua. ¡Triste espectáculo! En su puente yacían varios cadáveres de hombres atados con cuerdas, y además el de una mujer asomaba por la claraboya de la toldilla llevando un niño en brazos.

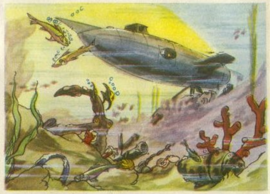




A medida que nos hundíamos en las profundidades del océano, observé que la vida vegetal disminuía. De pronto, un muro de rocas se alzó ante nosotros. Eran las escarpas de la isla Crespo, era la tierra, al otro lado estaba la porción del globo, sobre la que no debíamos volver a posar nuestra planta.



Continuábamos avanzando por praderas de algas cuando una mano vigorosa me derribó. Estando tendidos al suelo, distinguí dos enormes escualos que pasaban con gran estrépito. ¡Luciérnagas monstruosas que pulverizan el cuerpo entero de un hombre entre sus mandíbulas de hierro!. Por fortuna esos voraces animales son cortos de vista.



¡Qué escena!. Permanecimos con el corazón palpitante, frente a aquel naufragio sorprendido en su postrer minuto. Desde que comenzamos a recorrer mares más frecuentados divisamos muchos navíos que se iban pudriendo en lo profundo, sobre el suelo, cañones, proyectiles, anclas, cadenas y otros mil objetos que devoraba el moho.



Estaba un día en la plataforma del Nautilus, cuando se me acercó el capitán Nemo, señalándome el horizonte, dijo: "Vanikoro". Era el nombre de los islotes en que se perdieron los bajeles de "La Perouse". En el Noroeste, emergían dos islas volcánicas, rodeadas de un arrecife de corales.



Emprendimos el regreso; de pronto el capitán se echó la escopeta a la cara, disparó, y un animal cayó muerto. Era una magnífica nutria marina, el único cuadrúpedo que vive exclusivamente en el agua. Contemplé el curioso mamífero, muy perseguido por su estimada piel, y es muy probable que su especie no tarde en extinguirse.



Media hora después, llegamos al Nautilus; al día siguiente, repuesto de las fatigas de la víspera, ante las claraboyas del salón, pude contemplar un verdadero tropel de calamares; se les podía contar a millones. Emigraban de las zonas templadas a otras más cálidas, siguiendo el itinerario de los arenques y de las sardinas.



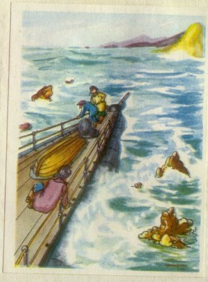
Costeando los acantilados de la isla Clermont-Tonnerre admiré la tarea gigantesca de las madréporas; observé de cerca curiosas murallas de brillante masa caliza en la construcción de las cuáles, aquellos pólipos habían invertido, según los eruditos, ciento noventa y dos mil años, contando su crecimiento, de un octavo de pulgada por siglo.



El capitán Nemo me hizo señas de que le siguiera al gran salón. El Nautilus se sumergió; y por las vidrieras del mirador, entre los bancos de coral, distinguí los restos de los navíos naufragados, a la sazón tapizados de flores vivientes. "He aquí —dijo—, los restos de las naves del comandante "La Perouse".



Días después enfocamos el estrecho de Torres, el más peligroso del globo. El Nautilus, flotando a flor de agua, avanzaba con toda clase de precauciones. Era necesario estar muy seguro de su ruta para aventurarse en aquel mar erizado de corales capaces de hacer volar el casco en añicos con sólo rozarle.



De pronto me sentí derribado. El Nautilus acababa de embestir contra un escollo, y permanecía inmóvil. El capitán Nemo, después de examinar la situación, dijo: "Dentro de cinco días entraremos en plenilunio, y el complaciente satélite elevará suficientemente estas aguas para permitirnos continuar nuestro viaje."



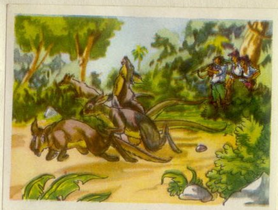
El capitán nos dió permiso para desembarcar a tierra; puso la canoa a nuestra disposición, y nos entregó escopetas eléctricas. Ned Land no podía contener su júbilo. "¡Carne! -repetía- por fin voy a comer carne." Al poco rato nuestra canoa encallaba suavemente en una arenosa playa.



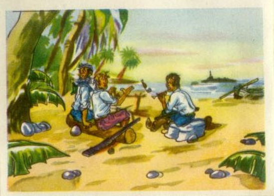
Cruzamos una pradera, y el azar nos puso frente al árbol del pan, que nos suministró uno de los alimentos que más encontrábamos a faltar. Ned cojió sus frutos, prendió fuego y los colocó sobre las ascuas. Cuando estuvieron carbonizados, de su interior sacó una miga tierna cuyo sabor recordaba al de la alcachofa.



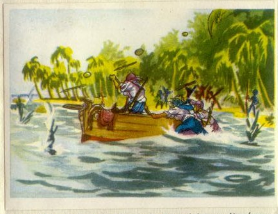
De unos matorrales se elevaron unas magníficas aves del paraíso. Consejo se inclinó al suelo con presteza, y cuando se levantó llevaba en la mano uno de los soberbios pajaros. Al examinarle comprobé que estaba embriagado por el abuso de nueces moscadas que había devorado y no podía, apenas ni andar.



Luego reanudamos la cacería, una manada de canguros huyó saltando, pero no tan rápidamente que nuestras escopetas eléctricas no pudiera detenerles en su carrera, cayeron cinco ejemplares, eran de escasa corpulencia, "canguros Conejos" de velocidad extremada y cuya carne es exquisita.



Regresamos a la playa; Ned nos preparó una comida opípara. De pronto, una piedra arrebató de la mano a Consejo una pata de paloma, que iba a llevarse a la boca. Los tres nos pusimos en pie y montamos las escopetas: "¡A la canoa!" —grité— dirijiéndome hacia el mar.



Ned no quiso abandonar las provisiones, llovían las flechas y las piedras mientras cargábamos los víveres y armamentos. No habíamos ganado dos cables cuando unos cien salvajes, aullando y gesticulado, se metieron en el agua prodigando las más hostiles demostraciones.

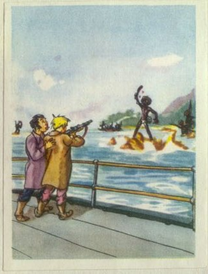


Apresuradamente nos dirijimos hacia el Nautilus. A la mañana siguiente, los indígenas, en número de unos seiscientos, estaban reunidos en la playa, algunos habían avanzado sobre los corales. Se les distinguía perfectamente, eran papúas auténticos, de talla atlética, fuertes y robustos.



A falta de otra ocupación, pensé en dragar aquellas cristalinas aguas. Consejo me proporcionó una draguilla semejante a las que se utilizan para la pesca de ostras. En el momento que menos me lo esperaba tropecé con un verdadero prodigio, cuyo hallazgo casi puede calificarse de milagroso.





Era un caracol siniestro; su aspiral se desarrollaba de izquierda a derecha, cosa excepcional, y que los coleccionistas pagan a peso de oro. Consejo y yo estábamos contemplando nuestro tesoro cuando una piedra redujo a polvo el precioso ejemplar. Consejo cojió mi escopeta y apuntó al causante, yó díje: "Un caracol, no vale la vida de un hombre."



La situación había variado, una veintena de piraguas rodeaba el Nautilus. Decendí y fuí a llamar al capitán, le informé que los indígenas nos asaltaban. "Pues bien, —dijo—, basta con cerrar las escotillas. Además, mañana por la tarde abadonaremos el estrecho de Torres."



Al día siguiente, al abrir las escotillas, vimos por su hueco las horribles fisonomías de los Papúas. Uno de ellos intentó penetrar en el Nautilus, pero al apoyar la mano en la baranda fué rechazado hacia atrás por desconocida fuerza, y huyó lanzando alaridos.



Ned también intentó asirse a la baranda, y fué derribado a su vez. "¡Voto a Satanás!" exclamó. Entonces comprendí el enigma, la baranda era un cable cargado de electricidad. Las Papúas enloquecidos de terror, levantaron el campo. El Nautilus elevado por la marea abandonó el estrecho de Torres.



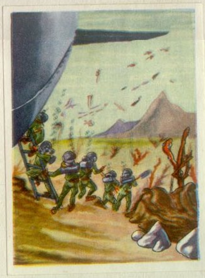
Un día en que el Nautilus navegaba en un mar duro, el capitán y su segundo estaban examinando el horizonte, demostrando gran emoción. Intrigado, descendí a proveerme de un catalejo, pero apenas aplicado el ojo a la lente me fué arrancado de las manos por el capitán Nemo.



"Señor Aronnax, —me dijo— es preciso que se deje encerrar." Decendí al salón, y junto con Ned y Consejo fuimos introducidos en una celda. Al día siguiente se presentó el capitán, toda su fisonomía denotaba un verdadero pesar, avanzó hacia mí preguntándome:—"¿Es Vd. médico?" "En efecto"—contesté.



—Entonces, sígame —. El capitán me condujo a un camarote de los marineros. Allí sobre el lecho reposaba un hombre que tenía el cráneo roto. Después de practicarle la cura, vendé al desventurado, y me volví hacia el capitán Nemo. "Antes de dos horas, este hombre habrá muerto" —le dije.



La mano del capitán se crispó, lo dejé en la cámara del moribundo, y regresé a la mía emocionadísimo. Al día siguiente fuimos invitados a una excursión submarina, vestidos con nuestras escafandras tomamos pie a una profundidad de diez metros. Inmediatamente reconocí la región maravillosa que íbamos a visitar. Era el reino del coral.



El coral es una aglomeración de animalucos, reunidos en un polípero de naturaleza pedregosa, tienen un generador único y poseen una existencia propia, sin dejar de participar en la vida común. Nada más interesante para mí que visitar uno de estos bosques petrificados, plantados en el fondo del mar.







Intenté cojer sus frescas caracolas, pero si mi mano se aproximaba a aquellas flores vivientes, inmediatamente la alarma su difundía en la colonia. Las blancas caracolas se replegaban en sus estuches rojos, las flores se desvanecían, y la enramada se truncaba en un bloque de pedragosos picachos.



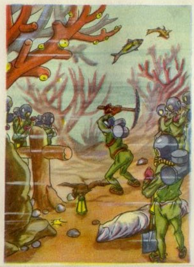
Los acontecimientos de la última noche me hicieron suponer que el formidable aparato del capitán Nemo no servía solamente a sus instintos de libertad, sino también quizás para terribles represalias. Durante varios días surcamos el Océano Indico y al espectáculo de aquellas aguas, a través de las vidrieras del salón, invertía el tiempo.



Al día siguiente entramos en el hemisferio boreal, durante toda la jornada nos escoltó una formidable manada de escualos. A veces, estos terribles animales se precipitaban contra los vidrios del salón. En aquellos momentos Ned, perdía el tino y quería subir a la superficie para arponear a aquellos monstruos.



El capitán Nemo nos invitó a visitar las pesquerías de perlas de Ceilán; nos trasladamos a tierra en la canoa del Nautilus. A pocos metros de la orilla, ayudado por los marineros, nos vestimos los pesados trajes de mar, y desembarcamos tomando pie a metro y medio de la superficie.



En un vasto claro, rodeado de elevadas arborizaciones, nos detuvimos. A una señal del capitán Nemo, uno de sus subordinados comenzó a cavar un hoyo. Entonces lo comprendí todo, aquel claro era un cementerio, y el capitán iba a enterrar a uno de los suyos en aquella inaccesible morada del fondo del Océano.



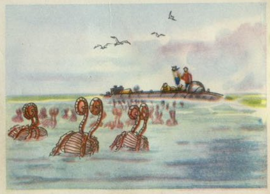
Un día, que pasábamos la jornada en la superficie, vimos en el cielo gran cantidad de aves acuáticas, palmípedas y gaviotas. Entre los grandes voladores observé magníficos albatros, de graznido discordante como un rebuzno, y rápidas fragatas, que pescaban presurosamente los peces de la superficie.



A la embocadura del vasto golfo de Bengala presenciamos los cadáveres que flotaban en la superficie de las ondas. Eran los muertos de los poblados indios, arrastrados por el Ganges hasta el mar, y a los que los buitres, únicos sepultureros del país, no habían acabado de devorar.



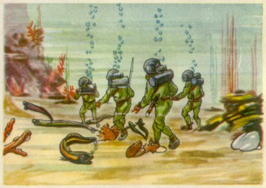
Cuando la tumba fué abierta, el cadáver, envuelto en una sábana, descendió a su inundada fosa. Después de rezar una breve oración, la fúnebre comitiva emprendió el regreso; a la una estábamos de vuelta en el Nautilus.



Existe un pequeño animal, cuyo encuentro, según los antiguos, significa prosperidad y venturas; se denomina "argonauta". Un verdadero tropel de ellos viajaba por el Océano encima de su concha, verdadera embarcación que le transporta y que no abandona jamás, con dos de sus tentáculos a modo de ligera vela.



Hacia las siete de la tarde el Nautilus navegó en un mar, que se llama lácteo; debido exclusivamente a la presencia de millones de animalejos infusorios, especie de gusanillos luminosos, de aspecto gelatinoso e incoloro, del grueso de un cabello y cuya longitud no excede de un quinto de milímetro.



No llevábamos más arma que una hoja de magnífico temple, pero Ned llevaba además su formidable arpón. El sol filtraba ya bajo las aguas, y hacía visibles los objetos; a nuestro paso se levantaban bandadas de curiosos peces, sin más aleta que la cola.



A eso de las siete posábamos nuestras plantas sobre el banco de pintadinas, en el que se reproducían a millones las ostras perleras. Ned Land se apresuró a llenar de los más hermosos moluscos una red que llevaba preparada.



Por senderos sólo conocidos por el capitán Nemo llegamos a una vasta y lóbrega gruta, allí había una ostra que calculé pesaría unos 300 kilos. El capitán introdujo su cuchillo entre las conchas del molusco, y entre sus pliegos ví una perla cuyo tamaño igualaba al de una nuez de cocotero.



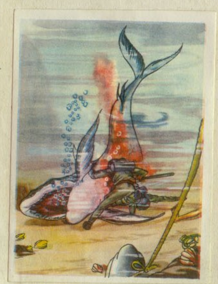
Intenté cojerla, pero el capitán lo impidió. Entonces comprendí su propósito, sólo él conocía el sitio donde maduraba aquel prodigioso fruto de la naturaleza. Terminada la visita, paseábamos ociosos, cuando a cinco metros de nosotros vímos a un pobre diablo que, anticipándose a la recolección, se dedicaba al espigueo.



De pronto, un tiburón de gran tamaño se lanzó sobre el infeliz. Quedé mudo de terror, el capitán Nemo, empuñando apresuradamente su cuchillo, se fué derecho al monstruo, presto a luchar cuerpo a cuerpo con él.



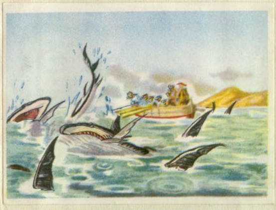
Aún me parece ver al capitán en el momento de acometerle el escualo, desviarse con asombrosa presteza y hundir el cuchillo en el vientre del animal... El mar se tiñó de rojo; siguió acribillando a cuchilladas el vientre de su enemigo, pero sin lograr asestarle el golpe difinitivo.



El capitán, abrumado por la enorme mole, cayó al suelo, y de fijo abría sonado su última hora si Ned, veloz, no se hubiera precipitado hacia el escualo, hiriéndole con su arpón. El animal alcanzado en el corazón, se revolvió en espantosos espasmos.



Al levantarse el capitán, lo primero que hizo fué recojer al desventurado indio y trasladarlo a su embarcación; allí, sacando de su bolsillo un saquito de perlas, lo depositó en su mano. La magnífica dádiva del hombre de las aguas fué aceptada con mano trémula y mirada despavorida.



Nosotros nos trasladamos a la canoa; después de despojados de nuestra indumentaria, el capitán dió las gracias al canadiense. Pocos minutos después encontramos flotando el cadáver del tiburón, cuyos despojos se disputaban diez o doce de sus voraces compañeros.

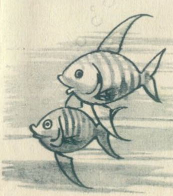


El Nautilus se adentró por el mar Rojo, aproximándose a las costas de Africa, allí, entre dos aguas de cristalina nitidez, a través de las abiertas claraboyas, pude contemplar admirables matorrales de brillantes corales, y de un polipero, que aún no había tenido ocasión de ver: "la esponja".



El capitán nos notificó la existencia de un túnel submarino, que él había descubierto, que comunicaba el Mar Rojo con el Mediterráneo, y que pronto atravesaríamos. En aquel instante apareció en el horizonte un punto que parecía moverse. Provisto de un catalejo lo identifiqué como un "dudongo".







Autorizado por el capitán para dar caza a aquel curioso animal, del que apenas restan algunos ejemplares, fué lanzada al agua la ballenera, seis remeros ocuparon sus puestos, Ned empuñó su arpón, y Consejo y yo, nos sentamos a popa.



Rápidamente la canoa se dirigió hacia el dudongo, Ned preparó su arpón, su brazo se distendió, un silbido cruzó el espacio, y desapareció el animal. "¡Voto a mil demonios!" exclamó el canadiense. "¡Me ha fallado el golpe!"



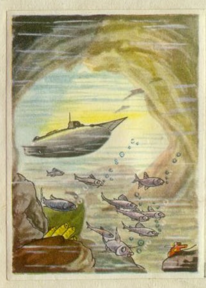
De pronto el dudongo se precipitó sobre nosotros. La canoa no pudo evitar el golpe. Ned Land aferrado con una mano a la borda, acribillaba a arponazos con la otra al gigantesco animal, que con sus dientes incrustados en la borda zarandeaba y levantaba en vilo la embarcación.



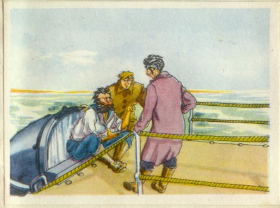
Por fin, el canadiense alcanzó al animal en el corazón. El dudongo desapareció, pero poco después reapareció tendido sobre el lomo... Hubo de valerse de cabrias para izarlo a bordo, pesaba cinco mil kilos; aquel mismo día comimos unas lonjas de aquella sabrosísima carne.



"Vamos a entrar en el orificio del túnel. ¿Le gustaría acompañarme en la cabina del piloto?," —me dijo el capitán Nemo—. Acepté sin titubear. La cabina estaba a obscuras, pero en el exterior el mar aparecía iluminado por el reflector del Nautilus.



Una amplia galería se abrió ante nosotros. El Nautilus se internó audazmente en ella, siguiendo una rápida corriente. Mi corazón palpitaba emocionado, al poco rato el capitán Nemo abandonó el timón, y se volvió a mí, diciéndome: "¡El Mediterráneo!". En menos de veinte minutos habíamos franqueado el Istmo de Suez.



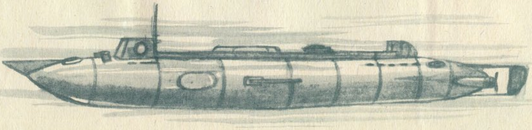
Al despuntar el día siguiente nos remontamos a la superficie. Ned y Consejo se reunieron conmigo. Ned nos dijo que puesto que estábamos en Europa, debíamos tratar de abandonar el barco antes de que volviéramos a mares menos frecuentados.



Un día, estando en el salón, el capitán mandó abrir las claraboyas, súbitamente una aparición surgió ante mi vista. Un hombre nadaba vigorosamente, desapareciendo a intervalos para ir a respirar y zambullirse nuevamente.



Al verle, el capitán Nemo apoyó su mano en el cristal, haciéndole un signo. Luego se dirigió a una especie de caja de caudales, la abrió; estaba llena de lingotes de oro, fué tomándolos uno a uno y colocándolos en un arca, que poco después se llevaron cuatro tripulantes.





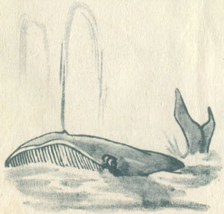
A la noche un calor sofocante, me hizo preguntar al capitán Nemo, ¿dónde estamos?. En una erupción submarina —me contestó—, y dezlizando las claraboyas del salón me hizo ver el mar convertido en rojo, debido a la presencia de una sal de hierro, y grandes llamaradas escarlatas.

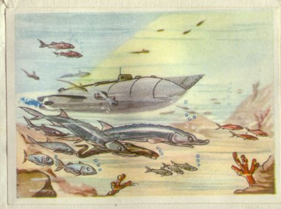


En aquel rápido paseo ví el interior del Mediterráneo como el pasajero de un tren expreso el paisaje que huye ante su vista. Contemplé numerosos restos yacentes de navíos empotrados en los corales, parecía que aquellas embarcaciones iban a saludarnos izando su pabellón.



Aquella noche el capitán Nemo me invitó a una excursión submarina. Non endosamos las vestimentas, y tomamos pie a trescientos metros. Llevábamos un fuerte palo; el suelo se hizo peligroso, nuestros piés resbalaban en un vizcoso tapiz de medusas y crustáceos.





Del Mediterráneo sólo pude observar algunos de los peces que pueblan aquellas profundidades, la velocidad del Nautilus fué de veinticinco millas por hora; entre la masa de agua iluminada por los haces eléctricos serpenteaban algunas lambreas de un metro de longitud.



Observé que abundaban más los siniestros a medida que nos acercábamos al estrecho de Gibraltar, el cual embocamos el día 18 de Febrero. La rápida corriente por la que el Mediterráneo vierte en el Atlántico su sobrante de agua, fué aprovechada por el Nautilus para pasar el angosto paso.



Una roja claridad nos guiaba. El capitán Nemo avanzaba sin vacilar. Yo le seguía trepando por las rocas, saltando sobre los troncos de árboles mineralizados. ¡Qué espectáculo!, ¿cómo pintar el aspecto de aquellos bosques en el medio líquido?



Entre los mamíferos marinos me pareció reconocer dos o tres cachalotes, provistos de una aleta dorsal; algunos delfines, y una docena de focas de vientre blanco y negro manto, de tres metros de longitud, conocidas con el nombre de monjas.



Una vez salvado el estrecho, el capitán Nemo me refirió el episodio de la Historia de España con el hundimiento de los galeones cargados de oro, en la bahía de Vigo. Me dí cuenta, que nos hallábamos en el teatro del combate y de allí sacaba el capitán Nemo los millones que gastaba con su Nautilus.



A derecha e izquierda se abrían tenebrosas galerías, en cuyo fondo se oía remover algo formidable. La sangre me afluía al corazón al ver una enorme antena, o una pinza espantosa. Eran crustáceos gigantescos, agazapados en sus guaridas.





El capitán Nemo, familiarizado con aquellos animales, no les hacía caso. Acabábamos de llegar a una eminencia que dominaba la masa rocosa, desde ella se podían contemplar pintorescas ruínas que delataban la mano del hombre, ¿Cuál era aquella parte del globo?.



Hubiera querido interrogar al capitán Nemo, pero ante la imposibilidad de hacerlo le detuve asiéndole por un brazo. El capitán me indicó otro pico de la montaña hacia el cual nos dirijimos, tendí mi vista en lontananza, allí, arruinada, abismada, aparecía una ciudad destruída.



¿Dónde estaba? quería saberlo a toda costa, y a mis gestos el capitán Nemo, cogiendo un trozo de piedra caliza, trazó en una roca esta sola palabra "ATLANTIDA". ¡Un rayo de luz iluminó mi mente!. Aquellas ruinas eran ese continente, cuya desaparición se consideraba como un relato legendario.



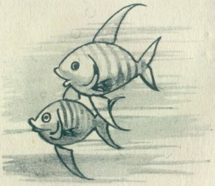
Así, conducido por el más extraño de los destinos, marchaba por donde habían marchado los coetáneos del primer hombre. Estuvimos contemplando la vasta planicie una hora. Al día siguiente aún pude vislumbrar una parte de la sumergida "Atlántida" desde el mirador del Nautilus.



Dos días después me sorprendió que estuviéramos estacionados, flotando en las aguas de un lago, ceñido por un circo amurallado con aspecto de un embudo invertido. Era un volcán invadido por el mar, y refugio del Nautilus. Acompañado de Ned y Consejo fuimos a recorrer la caverna.



Subiendo largas rampas nos elevamos rápidamente hasta el pie de la cresta inaccesible, sobre nuestras cabezas aparecía la boca del cráter, varias aves de rapiña revoloteaban en la sombra: eran gavilanes de blanco vientre.





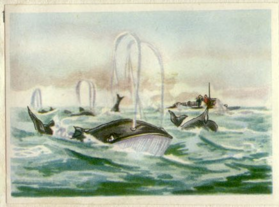
Después de abandonar nuestro refugio, cruzamos una singular zona del Océano Atlántico, nadie ignora la existencia de esa corriente de agua caldeada, conocida por Gulf Stream, que rodea con sus anillos de agua tibia esa porción del Océano que se llama el mar de Sargazos.



Verdadero lago en pleno Atlántico, sembrado de numerosas hierbas, que se supone han sido arrebatadas de las costas Americanas y arrastradas hasta esta zona por el Gulf Stream. Tal fué una de las razones que indujeron a Colón a suponer la existencia de un nuevo mundo.



Durante 19 días el Nautilus se mantuvo en aguas del Atlántico, sin que se registrara ningún accidente digno de mención, sólo un día un ballenero nos persiguió confundiéndonos con un cetáceo.

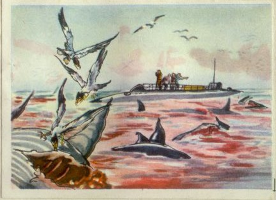


El Nautilus dirigió su rumbo hacia las regiones australes. ¿A dónde se proponía ir? ¿Acaso al Polo?. En esto una verdadera manada de ballenas vino hacia nosotros. El capitán Nemo no quiso matar a aquellos inofensivos animales, ante la desesperación de Ned.





Sin embargo una monstruosa turba de cachalotes, feroces cetáceos dañinos, que no son más que "boca y dientes" había visto a las ballenas, y se disponía a atacarlas. El capitán Nemo decidió ayudar a las ballenas, utilizando el Nautilus a modo de arpón formidable.



Blandido por la mano del capitán, el espolón del artefacto atravesaba aquellas moles de carne, dejando a su paso mitades palpitantes de animal. ¡Qué lucha! ¡Qué carnicería!. Por fin se aclaró la masa de cachalotes, y ascendimos a la superficie. El mar estaba cubierto de cadáveres mutilados, y teñido de rojo.



El Nautilus, en su rumbo hacia el Sur, se iba aproximando cada vez más al Polo. Pude admirar el espectáculo de los icebergs que, semejantes a enormes amatistas, filtraban la luz en las mil facetas de sus cristales. En ellos anidaban miles de aves polares.



Los hielos nos rodeaban por todas partes. El Nautilus, manejado por mano experta, seguía avanzando, y pude admirar perspectivas de peregrina belleza. Por todas partes se oían detonaciones, y se veían desprendimientos de icebergs, que cambiaban la decoración como las vistas de un diorama.



Al fin quedamos detenidos por una barrera helada. "Vamos a atravesar esta muralla de hielo —me dijo el capitán Nemo,— pero pasaremos por debajo". "¡Magnífico! ¡Soberbio!", exclamé. La única dificultad, — prosiguió el capitán, — será permanecer varios días sumergidos, sin renovar el aire".



Inmediatamente se dió comienzo a los preparativos de la audaz tentativa. Las potentes bombas del Nautilus introducían el aire en sus depósitos almacenándolo. A las cuatro de la tarde, diez hombres provistos de picos rompieron los hielos que aprisionaban al Nautilus.



El Nautilus empezó a descender. A los trescientos metros ya flotabamos bajo el mar de hielo. Hicimos rumbo al Polo, sin apartarnos del meridiano 52. Durante la jornada nos remontamos varias veces hacia la superficie, chocando siempre con la muralla que gravitaba sobre nosotros.



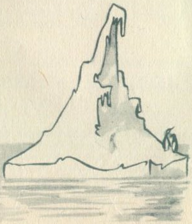
Por fin aquel memorable día 19 de Marzo entró el capitán Nemo en el salón y dijo: "¡El mar libre!" Me diriji apresuradamente hacia la plataforma. En efecto, era el mar libre, apenas se veían algunos témpanos esparcidos. "¿Estámos en el Polo?", pregunté.

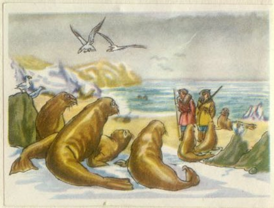


El Nautilus hizo alto a tres cables de un arenal. Lanzada la canoa, embarcamos en ella el capitán, dos de sus sobordinados, Consejo, Ned y yo; llevábamos los instrumentos que habían de determinar si nos hallábamos en efecto en el Polo.

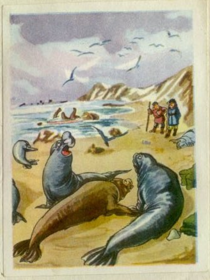


Consejo, Ned y yo desembarcamos. La playa estaba sembrada de moluscos, y en el espacio revoloteaban millares de las más variadas especies de aves. Otras, nos contemplaban confiadamente a nuestro paso. El sol lució un solo instante, y tuvimos que regresar al Nautilus sin conocer nuestra situación.





Al otro día nos trasladamos otra vez a tierra. Consejo y yo recorrimos aquellos parajes; vimos abundantes manadas de focas que nos contemplaban lángidamente. "¿Son peligrosos estos animales?," me preguntó Consejo. "No, —le contesté— a menos de que se les ataque —".



Entre las focas vi algunas variedades de esterrorincos, de tres metros de longitud, pelaje blanco, cabeza de dogo y armados de diez dientes en cada mandíbula, mezclados con ellos se deslizaban elefantes marinos, clase de foca de trompa corta y movible, que miden diez metros de largo.



Dos millas más allá oímos formidables mujidos, semejantes a los producidos por un rebaño vacuno. Eran bramidos de morsa. En una extensa llanura divisamos multitud de ellas. Son semejantes a las focas, y sus caninos superiores son dos largas defensas de un marfil más duro que el de los elefantes.



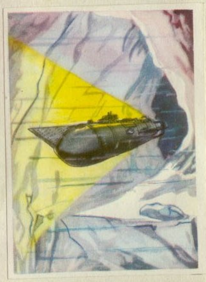
Aquel día el sol apareció a las doce del cronómetro, el círculo solar se veía cortado en dos mitades iguales. "¡El Polo Sur!" —dijo el capitán Nemo— "Hoy, 21 de Marzo de 1868, yo, capitán Nemo, tomo posesión de esta porción del globo." Y, al decir eso, desplegó una bandera negra con una N en el centro.



Al día siguiente el Nautilus llenó sus depósitos y decendió lentamente. A las tres de la madrugada me despertó un violento choque, que me despidió de mi lecho. El Nautilus estaba tumbado a estribor y además inmóvil.



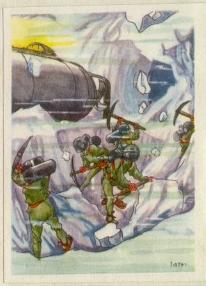
Un enorme témpano de hielo, una montaña entera había volcado, minada en su base por el contacto de aguas más calientes, había dado la vuelta de campana, y, al invertirse, la mole había levantado al Nautilus con irresistible empuje, aprisionándole contra la parte inferior del banco de hielo.



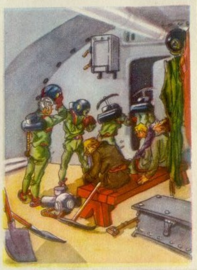
El capitán Nemo reunió a la tripulación y les expuso la situación, después dijo: "En las condiciones que estamos podemos morir aplastados, o por asfixia, preocupémonos pues de evitar estas posibilidades, para ello hemos de perforar la muralla que nos rodea, antes de que se nos agoten nuestras reservas de oxígeno.



Instantes después siete hombres de la tripulación, con sus aparatos de oxígeno en la espalda, iniciaron la perforación de la muralla de hielo. Había que arrancar un trozo de hielo igual a la línea de flotación del Nautilus, para que nos permitiera pasar.



Los picos separaban voluminosos fragmentos que, por efecto de la gravedad específica, volaban a la bóveda del túnel, que engrosaba por arriba lo que disminuía por abajo. Después de dos horas de brioso trabajo los operarios fueron sustituidos por otros.



Cuando quedaron vaciados seis metros de zanja, la atmósfera ya no podía renovarse en el interior del Nautilus. ¡Conque precipitación nos vestíamos las escafandras, para emprender nuestro turno de trabajo! Los brazos se cansaban, pero el aire vital penetraba en los pulmones.





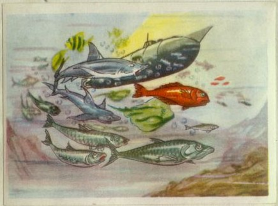
El capitán Nemo decidió traspasar de golpe la capa congelada que quedaba. Siguiendo sus órdenes, la embarcación fué colocada encima de la zanja, se abrieron las válvulas de todos los depósitos y el Nautilus, arrastrado por un exceso de carga, rompió el hielo y cayó a plomo como si fuera en el vacío.



Inmediatamente las bombas desalojaron el agua y se contuvo la caída. ¿Pero, cuánto tiempo se prolongaría la navegación bajo el banco de hielo?. Había perdido la noción del tiempo, estaba amoratado y mis facultades en suspenso. Súbitamente volví en mí, al respirar unos átamos de aire que mis compañeros encontraron en un aparato.



Advertí que el Nautilus, impulsado por su potente hélice, embestía con su espolón la superficie helada, haciéndola ceder en su empuje. No puedo explicarme cómo me encontré en la plataforma, mis dos compañeros se embriagaban a mi lado con el aire vivificante del mar.



El Nautilus había reemprendido su ruta, no tardó en franquear el círculo polar, poniendo proa en dirección al Cabo de Hornos. Durante dos días visitamos aquellas profundas aguas, y desde nuestro mirador pude contemplar peces y reptiles en cantidad asombrosa.



Después el Nautilus se dedicó a provisionar su despensa de pescado, sus redadas aportaron zoófitos, peces y reptiles, en cantidades verdaderamente asombrosas y gran variedad de especies, que podía examinar a mi placer.



Una de las redes acarreó una especie de raya marina, para evitar que volviera al agua, Consejo quiso sujetarla. Inmediatamente cayó de espaldas, a causa de la potente descarga eléctrica de este curioso animal, un torpedo de la más peligrosa especie: la cumana.



El Nautilus se acercó a la costa, y al pasar junto a las Islas Malvinas pude contemplar aquellos fértiles y lujuriantes fondos, y tuve ocasión de admirar multitud de medusas, las más bonitas de su género.



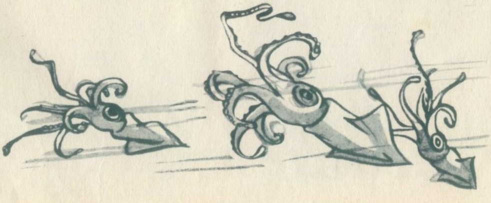
Cerca de la desembocadura del Maroni vimos un grupo de manatíes, pacíficos e inofensivos animales, que pesan lo menos cuatro mil kilos. Ellos son los encargados de pastar las hierbas en las desembocaduras de los ríos tropicales.

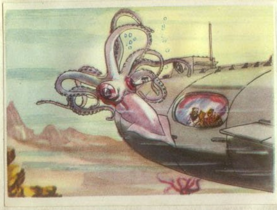


Las redes aprisionaron ciertos peces cuya cabeza termina en una placa de rebordes carnosos, que le permite adherirse a los objetos a manera de ventosa. Dicho animal en un verdadero anzuelo viviente que se utiliza para la pesca de la tortuga marina.



Con esta pesca terminó nuestra estancia en los parajes del Amazonas, a la noche nos internamos de nuevo al mar. Durante varios días, el Nautilus se apartó de la costa Americana. Consejo, Ned y yo, nos pasábamos las horas contemplando las preciosidades submarinas.

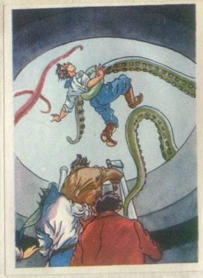




De repente, ante nuestros ojos, apareció un orrible monstruo. Era un calamar de colosales dimensiones, su boca semejante al pico de un loro se abría y cerraba verticalmente. Su masa carnosa debía pesar veinticinco mil kilos. Las ventosas de sus tentáculos se aplicaron al cristal de la claraboya.



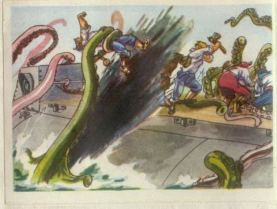
Su color cambiaba con pasmosa rapidez. Otros siete pulpos aparecieron por estribor.. De pronto se paró la hélice del Nautilus. Se había parado debido a la introducción entre sus aletas del apéndice de uno de aquellos animales.



El capitán Nemo dispuso que había que combatir a aquellos monstruos a hachazos. Al abrir la escotilla para salir a la plataforma, uno de los tentáculos de un pulpo se deslizó por la abertura, alcanzando a un marinero. El desventurado, adherido a las ventosas, era balanceado a merced de la enorme trompa.



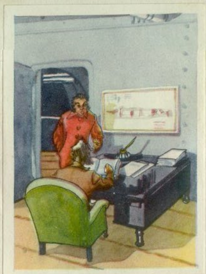
El capitán Nemo se precipitó sobre el pulpo, y de un hachazo le cercenó un tentáculo. Su segundo, la tripulación y nosotros tres, nos batíamos denonadamente. La admósfera estaba saturada de un penetrante olor de almizcle, el espectáculo y la situación eran horribles.



De ocho tentáculos del pulpo habían sido cortados siete, el único que le quedaba se cimbreaba en el aire, blandiendo a su víctima. En el momento que el capitán le arremetía de nuevo, el animal lanzó un chorro de líquido negro, y desapareció con el desdichado.



Con redoblado furor arremetimos entonces a los monstruos. Todos andábamos en revuelta confusión entre aquellos restos palpitantes. Ned no pudo evitar el latigazo de un tentáculo, que lo derribó. Por fortuna el capitán Nemo estaba a su lado, y lo salvó de una muerte cierta.



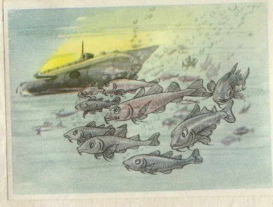
Ninguno de nosotros podrá olvidar jamás las escenas de aquel día. Al capitán no le veíamos por ninguna parte. Instigado por Ned, fuí a verle a su camarote para pedirle nos dejara en libertad. Se negó,—diciéndome— "quién entra en el Nautilus, no debe abandonarlo jamás."



Comuniqué a mis compañeros el resultado de la entrevista; ya sabíamos a qué atenernos. Cuando flotábamos a la altura de Long Ysland estalló una furiosa tormenta. El capitán quiso afrontarla en la superficie, impávido se hizo amarrar por la cintura, y yo me uní a él.

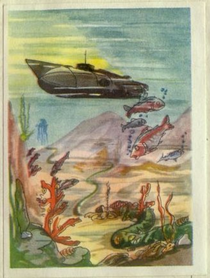


Al llegar la noche la intensidad del temporal aumentó, el cielo era una hoguera, y el espacio estaba surcado por deslumbradores relámpagos. Rendido, casi exhausto, me dirijí a rastras hacia la escotilla y bajé al salón, admirado de aquel hombre que seguía desafiando arriba a la tempestad.



A media noche bajó el capitán. El Nautilus descendió a las profundidades. Fué preciso buscar el reposo, a cincuenta metros en las entrañas del mar. Pero allí, ¡qué tranquilidad! ¡qué silencio! Nadie hubiera creído que se desencadenaba un furioso huracán.

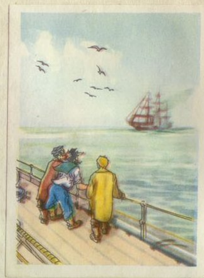




Hicimos rumbo al Este, desde el mirador pude contemplar el cable telegráfico que descansa en el suelo, a dos mil ochocientos metros de profundidad. Consejo lo tomó, al pronto, por una gigantesca serpiente de mar.



Dirigiéndose a un punto conocido el Nautilus se sumergió a ochocientos metros; se apagaron las luces, y la luz del reflector iluminó las aguas vivamente. En el fondo, los restos de un buque, con sus cañones y anclas, revestidos de una capa de moho, parecía iban a saludarnos izando su pabellón. "¡El vengador!," me dijo el capitán Nemo.



Una mañana, estando en la plataforma, vimos a un navío que se dirigía hacia nosotros. Ned reconoció en él a un buque de guerra, por el gallardete que ondeaba en su pabellón, pero no pudo precisar a qué nacionalidad pertenecía.



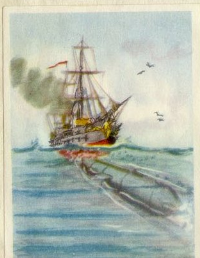
Avanzaba rápidamente. "Señor Aronnax", me dijo Ned Land, "como pase a una milla de nosotros me lanzo al mar, y le invito a seguir mi ejemplo". Iba a contestar cuando las aguas, agitadas por un cuerpo pesado, salpicaron el Nautilus, enseguida las balas llovieron a nuestro alrededor.



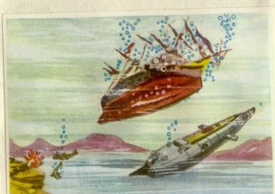
En aquel momento subió a la plataforma el capitán Nemo y al ver a Ned que con un pañuelo intentaba hacer señales al buque, se lanzó sobre él, derribándolo a pesar de su prodigiosa fuerza. El capitán estaba lívido por la ira, su voz no era humana, era un rugido.



"¡Ah.! Buque aborrecido —dijo— no necesito ver tu bandera para reconocerte. ¡Mira! ¡Voy a enarbolar la mía!". Y desplegó a proa su pabellón negro. "¡Bajen ustedes!", ordenó, "voy a echar a pique este buque. Se me ha provocado a la lucha, y la respuesta dejará memoria."



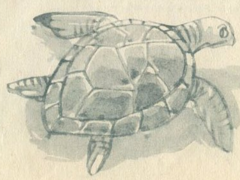
El Nautilus se sumergió. Compredí la maniobra, íbamos a embestir al crucero de guerra por debajo de su línea de flotación. La velocidad del Nautilus aumentó, de pronto todo el casco trepitó, noté la fuerza penetrante del espolón de acero.



Por la claraboya vi una masa enorme que se hundía, vi el casco hendido, en el que se introducía el agua. Sobre cubierta, multitud de infortunados se agitaban y retorcían bajo las aguas. Era un hormiguero humano, sorprendido por el desbordamiento de un mar. Paralizado por el terror, contemplé el desgarrador espectáculo.

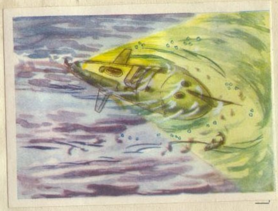


Desde aquel momento decidí poner término a la compañía del capitán Nemo, reunidos en la biblioteca con Ned y Consejo, aquel mismo día, acordamos fugarnos utilizando la canoa del Nautilus en la primera ocasión favorable que se nos presentara.





Sin embargo el Nautilus navegó a gran velocidad durante varios días, sin salir a la superficie, íbamos sin rumbo fijo, parecía como si huyéramos de una pesadilla. Mi única ocupación era contemplar a través de las claraboyas del salón la gran variedad de peces que continuamente nos escoltaba.



Las aguas comprimidas entre las islas Feroe y Lofoden forman un torbellino de irresistible violencia, originando ese espantoso abismo llamado "Ombrigo del Océano". En este lugar nos encontrábamos precisamente, el momento que elegimos para fugarnos del Nautilus, utilizando su canoa.



El zarandeo era enorme, la canoa arrancada de su alvéolo fué lanzada enmedio del torbellino, como una piedra por una honda. Mi cabeza fué a chocar contra un hierro, y perdí el conocimiento. Ignoro lo que sucedió, y cómo escapó la canoa del formidable remolino del Maelstrom.



Al recobrar los sentidos me encontré acostado en la cabaña de un pescador de las islas Lofoden, mis compañeros estaban a mi lado. Nos abrazamos efusivamente. Y a la pregunta de: "¿Quién ha logrado sondear las profundidades del Océano?" dos hombres pueden contestar: el capitán Nemo y yo.




DE TODAS MANERAS...
CHOCOLATES LLOVERAS